

Cultura y nacionalidad. Problemas de la identidad en la escuela primaria.

RAUL DIAZ

Esta presentación remite a una etapa de síntesis del material recogido durante el trabajo de campo de la investigación "La identidad nacional en la escuela primaria" a mi cargo y bajo la dirección de la licenciada María Rosa Neufeld con beca de la Universidad de Buenos Aires, en curso. Exponemos seguidamente una reconstrucción de las significaciones relevadas agrupadas en torno al interés de la investigación en este momento y que se orienta a la problemática de la cultura política en la escuela primaria, a la que hacemos referencia en una segunda instancia.

I. Una identidad necesaria

a) La identidad nacional: "Ahora se empieza por el barrio, pero cuando vamos a llegar al país, entonces"

Se advierte una fuerte carga, tanto en el sentido común escolar como en las nuevas propuestas curriculares, respecto de elaborar un concepto renovado de la identidad nacional. Se supone la necesidad de contar con una orientación valorativa que nos ubique en un "mundo de pertenencia", que nos identifique y nos refiera "quienes somos". Pareciera que esta búsqueda se antepone a cualquier consideración acerca de los fines u objetivos de la educación. La escuela, que se presenta como un mundo solidario que intenta homogeneizar las diferencias, no puede en consecuencia, sino proponerse como meta la consolidación de una identidad común que garantice la posibilidad de una instrucción "sin distinciones" y para todos por igual.

Este aspecto integrador del discurso de la nacionalidad en la escuela es influido tangencialmente por lo que he llamado su componente esencialista, que más allá de las posturas más conservadoras y particularistas, estructura toda definición de patria o nación. Ser nacional, argentinidad, son sentidos insoslayables en una definición de patria. La definición de rasgos sociales genotípicos pareciera ser una de las vías del autoreconocimiento y a la vez de la diferenciación de los otros que no pertenecen a ese tronco común.

4 Este devenir se congela a su vez en la enseñanza de la tradición, entendida como aquello que encierra esos rasgos esenciales y por lo tanto no debe cambiar. Plena de metáforas, la tradición muestra el apego a la tierra del hombre argentino, generalizando la ficticia realidad del litoral como "contenido" general válido para una identidad de todos. Este aspecto, es quizá el más observable ya que un conjunto de prácticas se estructuran remitiéndose a la literatura gauchesca y al "hombre de campo" como manifestación de la verdadera identidad.

También, el discurso nacionalista que encuentro generalizado en la escuela se apoya en una idea, bastante imprecisa, acerca de la soberanía nacional. La unidad territorial, casi el único aspecto común a todas las posturas acerca de la guerra de las Malvinas, es un recurso para mostrar los alcances y los límites (no sólo geográficos) de la argentinidad. En los registros de aula, actos y otros acontecimientos alusivos en los que he podido participar, se evidencia la idea de "muerte" que implica la partición del

territorio (contrapuesta al valor de unas "islas sin valor" para que se muriera por ellas). La territorialidad, espacio circunscripto se convierte por otra parte en un recurso discursivo para mostrar la amenaza de enemigos externos al mismo tiempo que reivindica la soberanía entendida como autonomía nacional.

Pero además, este nivel discursivo se asienta en una serie de rituales bien definidos para reafirmar la nacionalidad. Los símbolos nacionales y las efemérides patrias, se constituyen en las vías afectivas para la internalización de esos valores de pertenencia. El valor condensatorio de los símbolos permite adjudicarles un conjunto de significaciones discordantes, pero lo que me interesa destacar en este plano es la recurrencia a los mismos como instancia privilegiada para asentar las argumentaciones respecto de qué es lo nacional. El símbolo une, integra lo diverso, es una bandera por sobre otras banderas. Es en consecuencia funcional para la expresión de los intereses generales que la escuela se propone reforzar.

Ahora bien, esta descomposición analítica de algunos de los sentidos respecto de lo nacional es relativizada por los propios sujetos a partir de la percepción de ciertos problemas que son inherentes a la búsqueda de la identidad nacional

- respecto del componente esencialista: la conciencia de una historia dividida y aún no concluida desequilibra esa imagen de la tradición tan "contenidista", que como dijimos se constituye excluyendo fuera de ella a regiones y grupos sociales.
- respecto del componente de la soberanía nacional: la conciencia de una sociedad que tras esa postura apoyó la recuperación de las Islas Malvinas impulsada por un (hoy reconocido) genocida. Por lo tanto la división entre interno y externo se diluye y no alcanza para definir un "interés nacional".
- respecto de los símbolos nacionales y los rituales: la conciencia de que constituyen "otro poder" al que se debe obedecer. Fróceres que con su sacrificio señalan un camino de esfuerzo y disciplina sin cuestionamientos para querer a la patria.

b) La identidad cultural: "A mí lo que me interesa es que el chico aprenda a respetar a los demás"

Otra forma de concebir la identidad es vincularla a un proceso de creación y conservación de valores culturales. Al mismo tiempo el pasaje del mundo interior del niño a lo social se piensa como un proceso de incorporación de hábitos y modos de comportamiento, cultura y educación. La identidad significa, en este sentido, incorporarse paulatinamente al mundo social sobre la base de adquirir un conjunto de normas y reglas sociales comunes a todos los miembros de la sociedad (y de la que quedan excluidos los desviados e inadaptados). Esto implica un intento de elaborar una idea de unidad nacional sobre los presupuestos de valores de convivencia entre los individuos. Para ello es necesario formar (y la escuela es un lugar especializado para ello) sujetos socioculturales, creativos y autónomos, que al sentirse seguros de sí mismos puedan aceptar sus diferencias y procesarlas sin conflictos "desgarrantes".

Esta idea es atravesada por un concepto de tolerancia referido a los modos de relación con los demás. Pero para ser tolerante es necesario aprender "cultura" (escuchar cuando el otro habla, no comportarse como salvajes). Aparece el componente cívico, como

valor moral que la escuela debe transmitir. La soberanía significa la libertad, por ejemplo para elegir a los gobernantes o el derecho a manifestar las propias opiniones. Lo que nos identifica como argentinos es la aceptación de este modo de convivencia que se define en relación a los deberes y derechos de los ciudadanos.

Por otra parte la autonomía personal es algo que se consigue con el sacrificio, que constituye otro de los componentes discursivos de esta "otra" identidad. ("Elige un trabajo que te guste y prepárate para conseguirlo"--de una cartelera--). El acceso al mundo del trabajo implica también asumir la cultura como superación personal, además de apoyar la idea de que el país saldrá adelante sólo con el esfuerzo de cada uno o sea "de todos".

Se intenta de esta manera superar las paradojas, ya mencionadas, de una identidad en la que el deber ser de "una patria" se quiebra cotidianamente con las desigualdades sociales y las contradicciones a las que conducen las distintas formas de interpretarla. Se supera así la "historia dividida" y la dependencia de símbolos cargados de autoritarismo, y se adviene a una idea "racional de patria" que permite convivir con las diversidades.

Sin embargo estas consideraciones presentes en el sentido común escolar actual, también son relativizadas por los propios actores. El respeto no elimina las diferencias sino que las mantiene. La tolerancia implica límites de aceptación de los conflictos que no se sabe bien donde ponerlos y la autonomía basada en la creatividad y el esfuerzo personal soslaya condicionamientos objetivos que favorecen a una élite en detrimento de los menos preparados por su medio social. La propia definición de cultura que se maneja remite a ese capital simbólico que no circula por igual en todos los sectores sociales.

II. Estado actual de la problemática

a) Escuela y procesos políticos

Las cuestiones de la identidad nacional que nos proponemos abordar se juegan hoy en los procesos de transformación y conservación de las identidades políticas y juegan por lo tanto un papel preponderante para la consolidación y el desarrollo de la democracia. En este sentido nos interesa destacar un aspecto poco estudiado y que envuelve de manera sutil la consideración de las prácticas educativas tendientes a la construcción del "mundo social" en la escuela primaria: las relaciones entre la nacionalidad, la cultura y la política.

Hoy ya no es posible pensar, y las consideraciones anteriores se orientaban a fundamentarlo, en una definición de patria-nación abstracta, válida para todos los sectores sociales, sin poner en discusión el proyecto de país necesario. Al mismo tiempo, se advierte la necesidad de compensar las definiciones "nacionalistas" con la búsqueda de aquellos valores culturales que se desliguen de su vinculación con los proyectos de las clases dominantes y que ejercieron su hegemonía --en gran parte-- por medio de la instrucción pública. La política, entendida como la comprensión y la posibilidad de incidir en el procesamiento de las decisiones nacionales, debe en consecuencia, hacerse cargo de estos problemas de la identidad nacional.

Hemos sintetizado y contrapuesto dos posturas discursivas con la intención de mostrar que los diferentes matices dentro y entre ellas provocan un conjunto de ambivalencias y oscilaciones.

El desarrollo de la identidad, al ser pasaje de lo interno a lo externo, debe construir en ese proceso un "espacio de reconocimiento" que evite la disgregación, el aislamiento, la descomposición de las personas en individuos segregados unos de otros y de la sociedad. Nuevas formas comunes de identificación se hacen necesarias. La búsqueda de algún nivel de unidad o integración, "ser nacional" o "cultura nacional", se refuerzan con sentimientos de pertenencia, emociones y afectos. Aquí es donde se hace imposible un pasaje acrítico de lo nacional a lo cultural ya que si éste se define por ejemplo por la creatividad no genera de por sí sentimientos de pertenencia a una misma comunidad.

A nuestro entender, parte de la cuestión reside en la carencia de un concepto de cultura sobre el cual pueda redefinirse la noción de patrimonio nacional, no determinado por "esencias inmutables" de la argentinidad, sino conformado heterogeneamente con los diversos modos y concepciones de vida. Así sería posible promover nuevos modos de sentir y concebir la nación, como patrimonio cultural y social que se oriente a reforzar la idea de aunar fuerzas para consolidarnos como país económica y políticamente independiente. Para esta redefinición es necesario problematizar también la persistencia de fuertes prejuicios etnocéntricos, reforzados desde la escuela, que mantienen una idea de patria o identidad nacional construida sobre el genocidio de las poblaciones aborígenes de nuestro país.

b) Cultura y democracia

Si consideramos ahora los "discursos" actuales de la nacionalidad y de la formación de sujetos socioculturales como procesos tendientes a promover formas de participación y convivencia social, vemos que son esenciales a la consolidación de una cultura política compatible con la democracia.

Hoy es notable como la función aparentemente inherente al juego democrático de consensuar las diferencias recorre a "unidades de integración" a partir de las cuales se sustentan los argumentos propiamente políticos. La petición de principios respecto de algo que nos une más allá de los partidismos, aquello que nos abarque a todos y nos comprometa a todos, es un lugar común de las propuestas de gran parte de la clase política. En este sentido todo particularismo es adjudicado al egoísmo sectorial o a la estrechez partidista que no permite ver el objetivo general. Las diferencias regionales y sociales, que se expresan conflictivamente, son interpretadas como no funcionales respecto de ese espacio común que nos garantizaría los objetivos máximos de la política posible para la transición democrática.

El consenso se busca fundamentalmente mediante la exclusión de los que no quieren acompañar el "interés nacional". La heterogeneidad política es también una desviación respecto del centro, de la integración como condición de una marcha común hacia objetivos generales. La legitimación se establece sobre la base de adjudicar al otro un estar afuera de esa unificación, por lo que se dificulta concebir a la democracia como un sistema

politico en el cual se procesan las diferencias y los conflictos.

Por nuestra parte, pensamos que la politica no es sólo un modo de relación entre los sujetos sociales sino una expresión de las relaciones de fuerza entre las mismos. Esta orientación permite conectar los "proyectos nacionales", en tanto expresión de las diferencias económico, sociales y culturales, retrabajados por la clase politica, con los modos de convivencia democrática necesarios en la que éstos puedan dirimirse. No es la democracia la que resuelve los conflictos, o sea los problemas estructurales de nuestro país, sino que ésta sólo puede ser el marco en el que se encuadren las soluciones pertinentes.

Conclusión:

Establecer relaciones entre la formación de la identidad infantil y la enseñanza de los valores de la nacionalidad posibilita introducirse en los mecanismos sutiles de la cultura politica y de su vinculación con el refuerzo de la dependencia de los símbolos autorizados que los valores patrióticos implican.

La imagen de la nación que la escuela presenta a los alumnos insiste en la cohesión, la unión y la homogeneidad por encima de las diferencias sociales y regionales. La identidad nacional aparece como el producto de un consenso entre individuos y regiones, mediada por el Estado, presentando el funcionamiento de los conjuntos humanos de manera armónica y sin conflictos. La enseñanza de estos valores se vinculan a los primeros sentimientos afectivos, anclajes de la identidad infantil. Pero las apelaciones a los deberes, obligaciones y respetos que los chicos deben incorporar para "ser patriotas" produce una ruptura entre el deber ser escolar y sus intereses de participación en la vida politica, entendiéndose ésta como la capacidad de decisión ante opciones que merecen la reflexión y la originalidad.

El problema reside en ver si es posible que la identidad infantil pueda fortalecerse, no mediante el ocultamiento de los "males de la vida" sino haciéndose cargo de la heterogeneidad social. Para ello es necesario superar el contenido culturalista y esencialista de algunas posturas para asumir las diferencias y los conflictos como parte ineludible de la construcción de una nación.

Los objetivos explícitos o implícitos de la educación en un momento que podríamos caracterizar como de consolidación de la democracia, se inscriben en la problemática que resulta del intento por definir objetivos comunes a toda la sociedad argentina para la formación de los futuros ciudadanos, autónomos creativos y participativos, que la escuela asume como su función específica. Se trata de profundizar el análisis de la problemática que resulta de la orientación actual por definir los caracteres de una identidad nacional homogeneizante en base al reconocimiento de las diversidades sociales y culturales. Por otra parte, esto implica considerar la relación entre el "ser social" propuesto desde la escuela y las "razones" con las que ésta legitima su función social de transmitir conocimientos.